

Dorita Guerra Trigueros

y su

“Tiempo sin Tiempo”

Por el Dr. Hugo Lindo

HACIA ya muchos años que las letras de El Salvador no recibían un nuevo nombre; más tiempo aún, que no se grababa en ellas un nuevo nombre de mujer. Desde la poesía verdadera de Claudia Lars, sólo se presentara, con caracteres de nube, la fugaz trayectoria de Lydia Nogales.

Y he aquí que de pronto surge Dorita Guerra Trigueros. Sin titubeos ni pininos. Completa y honda.

Yo estoy ahora anegado, sumergido en uno de sus poemas. Me refiero a «Tiempo sin Tiempo», este canto que no pudo surgir sino desde lo más recóndito de la sangre y del espíritu. Este canto que no pudo darse sino en

la garganta privilegiada de un auténtico ungido.

Las gentes sencillas suelen enviar a quien tiene el don de la palabra. Lo imaginan feliz, por el hecho de poder expresar lo que otros no expresan. Y apenas si conciben que sea precisamente la palabra el dolor más agudo de los poetas. Porque la palabra no llega a dar la esencia de las cosas. Es un nombre inventado por nosotros, un nombre convencional, que bien pudo ser otro y no el que es... que, de hecho, no es un nombre, sino una multitud de nombres, una infinita variedad de términos... ¿Qué otra cosa es la diversidad de lenguas, sino una manifestación irrefragable del fenómeno?...

Pero el artista no es un artífice: su función no estriba en labrar primores con el estilo del lenguaje, sino en llegar a la raíz, a la médula de las cosas, y decir —aquí está el dolor— con una palabra que no representa al ser, el ser mismo. El poeta se halla encerrado en un cerco de palabras. Lo mejor de su obra es, precisamente, lo que no alcanza a decir. Lo que deja como mera sugerencia, como vacío silencioso, entre la sonora presencia de las sílabas. Entonces resulta el idioma ser para el poeta no un fin: ni siquiera un medio idóneo, sino un medio insuficiente, burdo, que ha de trascender con el salto maravilloso y misterioso de la inspiración.

Todo ello impone la necesidad de una multitud de recursos que la Estética y la Retórica estudian a posteriori. No los recursos que son como recetas, sino los que brotan de la propia intuición poética. No el tropo analizado en todas sus proyecciones y con todas sus características, que aparece en los textos de Literatura, mas el tropo como expresión única de la vivencia personal o del influjo superior. No la metáfora aprendida de los programas

oficiales, sino la difícil y personalísima, la que surge del fondo de nuestra íntima preocupación; la que viene, superando los valladares de la palabra directa, a dar siquiera un atisbo de lo que en nuestro mundo interior es alzado o llamarada indefinible.

Esta es la razón fundamental que hace decir a los estudiosos que, en síntesis, la poesía no es otra cosa que lenguaje figurado. Los seres y los movimientos del mundo poético, no tienen una voz directa que los señale. No se llaman, como el pan, pan, ni como el vino, vino. Frente a la tajante definición de cada término, se rebela el poeta, y crea la indecisa indefinición de su figura literaria. Y razonando por esta vía, llegamos a concebir que más importante, mucho más importante que la fidelidad con que el poeta se ajusta a las recetas de una retórica estratificada, han de ser dos cosas, las dos únicas cosas intrínsecamente poéticas: la calidad del lenguaje figurado, y el substractum de inspiración que anima a la poesía; dicho en otros términos: la calidad personal de la expresión, y lo que no se alcanzó a decir...

* *
* *

Poco más de un año hará que Dorita Guerra dió a la publicidad sus primeros poemas. Ellos acusaban —acusan— una larga trayectoria. No podía ser improvisada aquella calidad. Venía de muy lejos, no sólo al través de los canales de la herencia, sino también de los crisoles de la disciplina. Eran producto de una formación. De una larga, lenta y oculta formación. Tuvo Dorita el acierto, muy raro, en verdad, de no precipitarse, de no que-

rer la cosecha del aplauso, sino la donación de la esencia. No buscó ella —y fácil le habría sido obtenerlo— el triunfo literario intrascendente, que se logra con la mayor holgura, halagando la sensiblería romántica de la gran masa de lectores... Prefirió ascender sus propios jugos, y no pedir lisonjas, sino dar perfumes superiores.

«Tiempo sin Tiempo» es un canto que firmaría el más exigente de los

poetas. En él se conjugan los dos máximos valores que acabo de expresar: la personalidad en el decir, y la personalidad en el callar. Cada estrofa nos dice más de lo que nos dice. Porque nos hace sentir y meditar y escuchar. Porque nos perfila una sensación interior, que ya no pertenece a

Dorita Guerra Trigueros, sino a cada uno de los lectores. Porque no dice ella su pequeña experiencia *individual*, sino su gigantesca experiencia *personal*, vale decir, humana. Un aliento cósmico, un río metafísico, discurren por los versos de esta extraordinaria poetisa, que nació

*«con la corriente tierna de mujeres
engendradas de Adanes,
y el torrente fecundo de varones
nacidos de su madre».*

No vino, pues, sólo ella. No surgió sobre el mundo sino como la conjunción de milenarias fuerzas; y ella lo sabe profundamente, y ella lo dice grácilmente: «con la corriente tierna de

mujeres» y «el torrente fecundo de varones», heredera de su sangre y de su carne, heredera de su dolor y su alegría, espigadora de siembras antiquísimas, hoy maduras y dulces en su voz

*«Nací, porque alguien quiso que naciera,
con eterno equipaje:
mi yo, mi tiempo, mi dolor
y mis palabras fáciles».*

Esta voz, surgida de la corriente de mujeres y el torrente de varones, germinalmente contenidas en la pareja inicial del paraíso, nos canta aquí que «Alguien quiso que naciera», y ese Alguien, la mandó atada a muchos límites, encerrada en muchas fronteras, detenida por muchos valladares. «*Mi yo, mi tiempo, mi dolor — y mis palabras fáciles*». Todos son límites: *mi yo* me separa de los otros *yoes*; me incapacita para saber, sentir y comprender la experiencia de los demás; me encadena dentro de mi propio cuerpo, y me impide ser la totalidad de seres... *Mi tiempo* me ata al transitorio límite del hoy fugacísimo: me circunscribe a los

recuerdos de un *ayer* y me detiene, anhelante, interrogante y tembloroso, a las márgenes de un *mañana* desconocido e incognoscible *todavía*. *Mi tiempo* me resta *mi eternidad*. Me la da fraccionada en tres pedazos: de reminiscencia, de presencia y de profecía. *Mi dolor* acaso no sea, en sí, una limitación; pero la expresa. En lo ilimitado no cabe dolor: el verdadero es el sentir cortadas las alas del impulso, el no poder ir más allá de nuestras fuerzas, el contenernos en la posibilidad determinada. Mas esto de «*mis palabras fáciles*» sí que es frontera; que, como se ha dicho, el poeta no se mueve en el cerco de las palabras, fáciles o difíciles,

sino por ellas y al través de ellas, trata de trascender a otro ámbito superior, al de la poesía, al de la música pura, sin sonido, sin tiempo, sin dolor y sin yo.

¿Quién dijo todas estas cosas a Dorita Guerra Trigueros? No su juventud de muchacha fresca, sino su

antigüedad, el aluvión humano que nos la trae desde Adán y desde Eva...

Y no se dirá que aquí el intérprete, en afán de expresar un contenido, supera la intención de la poetisa. No se dirá que ella dijo todo eso sin saber que lo decía, o sin saber lo que decía. De manera diáfana lo manifiesta después en el poema:

*«Nací ya con mi espacio limitado
por fijos litorales:
con mi trozo de cielo ennubecido
y mi tierra sin mares».*

No otra explicación habrá, que ésta de la antigüedad, para resolver el misterio de la eternidad, de la inspiración plena que anida en los momentos poéticos de Dorita. Lo eterno se ma-

nifiesta en ella no sólo en cuanto alude a la estrechez del tiempo con sus instantes transitorios, sino en cuanto dice, transida de un aliento vital:

*«El agua del bautismo me bendijo
con antiguas señales,
poniéndome en la entraña sumergida
lámparas que siempre arden».*

Porque el bautismo es agua que apaga y sal que enciende. Agua que apaga los errores del Paraíso, sal que enciende «en la entraña sumergida»

una lámpara de redención. Tampoco aquí hay acierto casual: la unidad del poema quita toda sospecha:

*«luego fui vertical, como los hombres,
como las cruces y como los árboles».*

* * *

*«El ojo mío se encendió a la luz
con los siete colores primordiales,
y descubrió la sombra, siempre unida
a cada rayo que en la luz se balle».*

Sabe la poetisa no sólo el origen, sino el final. La curva de su poema viaja con la gracilidad de las parábolas cósmicas, hacia eso que llamamos

muerte, y que con las antiguas señales con que bendice el agua del bautismo, se trueca en otra cosa:

*«Qué ligera seré, ya sin mis venas,
sin mis ríos de sangre,
sin mis ojos de barro entristecido,
sin mis pies terrenales.
Qué liviana me iré yo por el viento
cuando todas las horas se me acaben».*

El acabarse de las horas marcará el inicio de la eternidad. Ahí acabará también este principio de pesantez que nos mantiene unidos a la tierra, y podre-

mos subir, «ya sin venas» por el aire. Con lo que cobra perfecta redondez la profecía final del poema:

*«Yo llegaré a la Luz, fuente de luces,
negadora de sombras y de males:
generadora de hombres
y propulsora de astros y de aves.
Y seré yo la luz, junto a la Luz,
en la continua aurora de los ángeles».*

* * *

En Dorita Guerra Trigueros han actuado de consuno la herencia y el ambiente. Dos afluentes de inspiración artística se conjugan en su vena lírica. Una atmósfera de religión, filosofía, ciencia y arte, ha respirado su espíritu. Y ello explica cómo una muchacha tan joven se nos presente tan

madura, y, en vez de cantar la transitoriedad de erotismos pasajeros, se hunda con decisión en los océanos de la vida esencial. Todo ello sin dificultades. Llanamente. Sin buscarlo. Como que la poesía, más bien, la hubiese buscado a ella para unirla de voz y aliento:

*«Después me vino el verso.
Sin sentirlo,
como viene la tarde:*

*con un recuerdo azul de la mañana
y la promesa de una noche grande».*

Entre los dos extremos: el recuerdo azul, romántico, pueril, de la maña-

na, y la promesa de una noche grande, escogió Dorita, valientemente, la promesa:

*«Pero mi verso se acercó a la noche
poblada de puñales,
y se olvidó de la mañana azul
con sus dulces paisajes».*

¿Por qué poblada de puñales la noche grande? Porque la pregunta es puñal, y frente a la negrura de la noche, frente a la densidad del infinito, el espíritu sólo sabe la tortura de los agujijones, el dolor de los límites, la zozobra de las esperanzas.

Ya Dorita sabe su camino: «la noche grande», para desembocar, cuando las horas se acaben, luego de haber navegado por las aguas eternas del bautismo y de haber asumido la verticalidad de la cruz, para desembocar, digo, en la Luz, fuente de toda luz.

Hugo Lindo

